

hay una afirmación que deba ser preferida a otra, la preferencia es una actitud rechazada por el escéptico neutral, toda discusión es por lo tanto vana. Como en la filosofía de Tlön, todo libro «encierra su contra libro»¹⁰¹. La respuesta a los problemas más acuciantes no son nunca la afirmación ni la negación sino el cauteloso quizás. Si la fórmula del escéptico absoluto es no, la de escéptico neutral es ni sí ni no. Esta posición lleva inevitablemente al subjetivismo, al solipsismo: un pensamiento no tiene por qué ser compartido por otros; y lleva también al relativismo cultural: es imposible mostrar que una idea, una teoría filosófica, religiosa, política o ética es mejor que otra. Las consecuencias de este subjetivismo y relativismo no difieren demasiado de las del escepticismo absoluto, ambas abocan en el nihilismo. Por eso la historia de la filosofía es para Borges¹⁰² una sucesión de teorías inconexas, donde ninguna tiene más validez que otras. Así es cómo en los cuentos borgeanos, Jesús y Judas, el inquisidor y el herético, la víctima y el verdugo, resultan intercambiables.

Un escéptico moderado alegrará que dudar de todo es una defensa contra el dogmatismo, contra la intolerancia y el fanatismo. Pero el escepticismo convierte la duda puramente negativa en un dogma; el escepticismo absoluto es dogmático porque cree que la apariencia no revela al ser sino al no ser, es la afirmación indudable de una negación. El escepticismo moderado de Borges es también dogmático porque es la afirmación indudable de la imposibilidad de decidirse entre la afirmación y la negación. La diferencia entre el escepticismo y una actitud racional y crítica está en que en el escepticismo la duda es un punto de llegada y en el pensamiento racional es el punto de partida, tan sólo un medio para refutar el error. El punto de llegada es la superación de la duda, la aproximación a una verdad o valor, porque se cree en la posibilidad del conocimiento y en la capacidad del hombre para comprender. La filosofía racional, como recuerda Hegel¹⁰³ lleva dentro de sí misma la negación del escepticismo; éste, por lo tanto, no se contrapone a ella, ni existe fuera de ella, sino que es simplemente un momento suyo superado.

La verdadera acepción del escepticismo en el sentido etimológico del término no es dudar; *skeptos* es un verbo griego que quiere decir indagar; la ignorancia no es, por lo tanto, la proclamada por Protágoras sino sólo un incentivo para la búsqueda de la verdad. No se puede ser neutral, no es indiferente elegir entre unas y otras afirmaciones, posturas, decisiones, actitudes. Se puede saber, por lo menos, que alguna de éstas

¹⁰¹ Ficciones, O.C., pág. 439.

¹⁰² «Pierre Menard autor del Quijote» O.C., pág. 450.

¹⁰³ G.W.F. Hegel, Lecciones sobre la historia de la filosofía, tomo segundo, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, pág. 420 ss.

están probadas, otras son improbables y otras han sido refutadas; hay por lo tanto que preferir. Para que exista el pensamiento racional, la filosofía, la investigación científica, la ética, la política, el derecho y aun una vida cotidiana razonable, es preciso que la duda y la desconfianza motivadas por la problematicidad de la realidad y la ambigüedad de toda situación humana, no nos abismen en la incertidumbre. El escepticismo como duda permanente es inquietud y desazón de los que sólo parecería salirse por la aceptación heroica o mística, o por la ironía borgeana. El escepticismo como indagación, en cambio, lleva al descubrimiento de probabilidades fiables, de certezas, aunque sean provisionarias. La negatividad permanente ante el ser, la realidad, la razón, el mundo, la vida y aun el propio yo, es imposible de mantener coherentemente, salvo en las especulaciones de la imaginación liberada de todo rigor, y en el juego de la fantasía cuya finalidad es distraer con ingeniosas invenciones espirituales.

Juan José Sebreli



Carlos Edmundo de Ory. Fotografía de Alain Bulloot (1968)